
CONALI

INFORMA

BOLETÍN DE INFORMACIÓN, SERVICIOS Y COORDINACIÓN
DE LA COMISIÓN NACIONAL DE LITURGIA - CHILE

SEPTIEMBRE 2003
Serie Nueva N° 67

COMENTANDO LA IGMR 2001

EL ROL DEL DIACONO EN LA MISA

Comentarios

La IGMR (Institución general del Misal Romano, 3ª edición) puede aparecer como un compendio de normas que se deben seguir en la celebración de la misa.

Pero más que una letra que hay que cumplir fielmente, es un espíritu que hay que descubrir y que ayuda a captar el sentido profundo de los ritos. El Señor en el Evangelio (Mt 7,3) felicita al servidor fiel: "Has sido fiel en lo poco... entra a participar del gozo de tu Señor".

En cuanto al diácono, las normas acerca de su rol en la celebración litúrgica pueden aparecer mas bien restrictivas. Hasta la restauración del diaconado permanente su rol era mas bien secundario, e incluso se podía prescindir totalmente de el.

Hoy, a los 40 años de la reforma conciliar, re-descubrimos la importancia de su rol en la vida de la Iglesia y de nuestro mundo (Cf. nuestro folleto "Las funciones litúrgicas del diácono, paradigma de su acción en la Iglesia y en el mundo" (Librería de la CECH)

A diferencia del laico que puede ocasionalmente “dirigir” una celebración no-eucarística y cumplir algunas funciones en la misa, el diácono puede “presidir”, en nombre de la Iglesia, algunos sacramentos y sacramentales: bautismos, testigo oficial y bendición del matrimonio, exequias, ADAP, ejercicios piadosos, además puede “pastorear” en cierto modo comunidades cristianas (evangelización, catequesis, ministerio de la caridad, pastoral de ambientes...) No hay duda de que, en estos últimos años, nos hemos dado cuenta de su aporte extraordinario para la vitalidad de nuestra Iglesia. ¡Felices las parroquias (o capillas) que disponen de un diácono!

Pero en la celebración de la Eucaristía, la tendencia actual sería mas bien de buscarle más “pega”, tratando de ver lo que se podría quitar al sacerdote, para darle mas relieve al diácono y así destacar más la importancia de su figura.

Y sin embargo, llama la atención la sobriedad con que las normas describen su actuación:

”El diácono está ordenado “*ad Librum et ad Calicem*”.

En un rol de servicio humilde, a ejemplo de Cristo-Servidor que lava los pies de sus discípulos cuando instituyó la Misa. A él también se le puede aplicar –“*mutatis mutandis*”– lo que se dice de la vida religiosa: el diácono no se define por lo que hace, sino por los que es: un sacramento de Cristo-Servidor que, con su sola presencia, recuerda constantemente a toda la Iglesia la figura del Maestro que “ha venido para servir”.

Antes de descubrir su rol en la misa, hay que insistir en que se le deben respetar las funciones que le atribuye la nueva IGMR; tantas veces los sacerdotes –e incluso los obispos– le quitan, por distracción o rutina, lo que les corresponde: por ejemplo las moniciones diaconales.

Dice el n. 91:

En la celebración litúrgica, todos, ministros ordenados o fieles cristianos, al desempeñar su oficio o su función, hagan todo y solo aquello que les corresponde (SC 28)

Estas líneas parecen una simple norma, pero la nueva redacción de este número 91 la motiva doctrinalmente al retomar 3 párrafos de la S.C. Vaticano II (n. 14, 26 y 28)

91. La celebración eucarística es la acción de gracias de Cristo y de la Iglesia que es “Sacramento de unidad”, es decir, un pueblo santo congregado y ordenado bajo la dirección de los obispos. Por eso pertenece a todo el Cuerpo de la Iglesia lo manifiestan y lo implican; pero cada uno de los miembros de este cuerpo recibe un influjo diverso según la diversidad de órdenes, funciones y participación actual” (SC 28) De este modo, el pueblo cristiano, “linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido”, manifiesta su constitución coherente y jerárquica- Por eso... etc.

Este ejemplo ilustra cómo hay que entender las normas litúrgicas: no una simple letra arbitraria, sino un espíritu que las fundamenta.

* * *

Son 6 las funciones, típicamente de servicios, que la IGMR del Misal 3ª edición atribuye al diácono en la celebración de la Misa, en el capítulo IU titulado “Misa con diácono” que publicamos in extenso en la separata adjunta y que comentamos aquí mismo, tratando de descubrir el sentido profundo de estas normas.

Ya aparece un breve resumen en el Cáp. III “Oficios y ministerios en la celebración de la misa” que citamos aquí:

94. “Después del presbítero, en virtud del orden sagrado recibido, el diácono ocupa el primer lugar entre los ministros de la celebración eucarística. En efecto, ya desde la antigua edad apostólica, la Iglesia tuvo en gran veneración el sagrado Orden del diaconado. En la misa el diácono tiene partes propias: proclama el Evangelio y, a veces, predica la Palabra de Dios, anuncia las intenciones en la Oración universal, ayuda al sacerdote en la preparación del altar y asistiéndolo en la celebración del sacrificio, distribuye a los fieles la Eucaristía, especialmente bajo la especie de vino, y a veces indica los gestos y las posturas del pueblo”.

Y en el capítulo IU, “Misa con diácono” se describe en detalle estas funciones.

171. Ya, desde la primera línea, se requiere la vestimenta del Orden diaconal para ejercer su rol. Es imprescindible. No puede cumplir sus funciones vestido de civil. Exigencia del “signo”: el alba y la estola, que expresan exteriormente lo que el diácono “re-presenta”: la persona de Cristo Servidor, el cual invita a

la asamblea a tener las mismas disposiciones de servicio fraternal, que el Señor mismo cumplió al lavarles los pies de sus discípulos en la Cena pascual.

En efecto, el diácono no se define tanto por lo que “hace”, sino por lo que “es” (al igual que la vida religiosa): ser signo para el mundo, de una realidad más profunda.

Este distintivo vestimentario habla más que los gestos que puede hacer, y que de hecho no son indispensables.

Ritos Iniciales

172. *La procesión de entrada.* Dentro de los ritos iniciales que tienen como finalidad constituir la Asamblea, la procesión de entrada contribuye a visualizar la presencia de Cristo mismo en la persona del presidente que va actuar “in persona Christi” y que “re-presenta” la Cabeza; pero acompañada de los miembros de su Cuerpo; y también de su Palabra que el diácono hace presente ya desde este momento, al llevar delante del presbítero (u obispo) el Evangelionario. La palabra de Cristo también congrega a los miembros de la Asamblea. Es Ella la que “con-voca”.

Se notará la ubicación del diácono, ministro de la Palabra: inmediatamente delante del presidente. Este detalle tiene su importancia.

Si no lleva el signo de la Palabra, el diácono acompaña al sacerdote a su lado.

(Mas adelante hablaremos de la concelebración y de la misa presidida por el Obispo; aquí nos referimos a la presencia de un solo diácono)

El Evangelionario

La IGMR distingue Evangelionario y Leccionario.

El Leccionario contiene todos los textos bíblicos que se utilizan en la celebración litúrgica; son 4 tomos. Ya tenemos el Leccionario dominical y el ferial; pronto llegará el Santoral, (ya que Roma acaba de “confirmar” el “Propio” de los distintos países) y más adelante será el Sacramental.

No se lleva en la procesión de entrada el Leccionario – que debe estar ya sobre el ambón.

El Evangeliario contiene solo los Evangelios. (Ya algunas parroquias utilizan el Evangeliario español o el mexicano) Libro hermoso por su encuadernación que destaca la importancia del Evangelio y su proclamación en la Misa. Visualiza, o sea, significa la presencia de Cristo: es El quien congrega a su pueblo por su Palabra, y por eso figura en la procesión de entrada que tiene como finalidad congrega y constituir la Asamblea.

“Cristo está presente en el sacrificio de la misa en la persona del ministro... Está presente en su Palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es El quien habla a su pueblo” (SC 7)

Si la procesión de entrada visualiza esta presencia de Cristo en la persona del sacerdote y en su Palabra, convendría, pues, que toda la Asamblea se vuelva hacia este doble signo, mirando la procesión que atraviesa la nave central.

Si la procesión pasa delante del altar del Santísimo, nadie hace la genuflexión. Solamente si está en el presbiterio mismo, la hacen todos los otros ministros, excepto el Diácono que lleva el Evangelio (n. 274)

173. “Cuando la procesión llega al altar, el diácono omite la reverencia, sube al altar donde deposita el Evangeliario y besa el altar junto con el sacerdote. Pero si no lleva el evangeliario, hace una profunda inclinación al altar junto con el sacerdote y lo venera con el beso.”

Si se incienso el altar, el diácono acompaña al sacerdote que incienso primero la Cruz, y luego el altar mismo, dándole vuelta por la derecha hasta volver al centro. Allí mismo en el centro del altar,

recibe el incensario de la mano del presidente, cara al pueblo, o una vez delante de la sede, el diácono inciensa al sacerdote mismo.

Todo lo cual supone que se cambie la mala costumbre de ir el sacerdote detrás del altar para besarlo.

Ya que se ha cambiado la orientación del altar, todo este rito de llegada al altar (genuflexión si está el Santísimo), inclinación profunda, subir al altar y besarlo, se hace espalda a la asamblea. Y de allí, el sacerdote se dirige directa e inmediatamente a la sede (no se queda al altar, que todavía no sirve durante la Liturgia de la Palabra)

Lo que se destaca en este rito de entrada es el altar que representa a Cristo mismo, la piedra angular de su Iglesia, su Cuerpo: "Ara Christus est": el altar es otro signo de Cristo, piedra angular de la Iglesia su Cuerpo que se hace ya visible en la asamblea litúrgica misma que se está congregando.

En el n. 310, la IGMR habla de la sede del Presidente (de cara al pueblo), no necesariamente al fondo del presbiterio si la distancia que lo separa de la asamblea dificulta la comunicación.

No se habla de una "sede" del diácono, sino que señala que el diácono se coloca cerca de la sede presidencial, pero evitando que aparezca como co-presidente.

Liturgia de la Palabra

175. El diácono ya cumple su función de asistir al sacerdote "*ad librum*", preocupándose de presentar la página exacta del "libro de la sede" (o del Misal) que un acólito mantiene delante del sacerdote de pie (acto penitencial, oración-colecta)

Proclamación del Evangelio

Es la función principal del diácono en la celebración de la Misa, ya que es también ministro de la Palabra. Tendrá conciencia de que va a prestar sus labios a Cristo mismo: es el sentido de los ritos siguientes preparatorios a esta proclamación.

Aleluya

Al iniciarse el Aleluya, el diácono se levanta:

- si hay incensación asiste al sacerdote presentando la naveta;
- si no, se inclina profundamente delante de él y pide la bendición “*¡Bendíceme, Padre!*”

El sacerdote dice: “El Señor esté en tus labios y en tu corazón para que anuncies dignamente su Evangelio”. El diácono contesta *Amen* haciendo la señal de la cruz.

Luego va directamente al altar por delante, toma el Evangeliario que había depositado al principio.

Se dirige procesionalmente al ambón, precedido del turiferario y de los acólitos con cirios. Y abre a la página del Evangelio.

Saluda a la Asamblea: “El Señor esté con ustedes”

Anuncia: “Evangelio de NSJCS según san...”

Hace con el pulgar la cruz sobre el Libro y se signa (signo de apertura)

- en la frente (abrir la mente)
- en los labios (prestar los labios a Cristo: que El sea quien hable)
- en el pecho (abrir el corazón)

(Inútil después persignarse de nuevo sobre el cuerpo)

Todo lo cual significa que la Palabra del Señor no viene de él mismo, sino de aquel que hace las veces de Cristo-cabeza. (y si el presidente es Obispo, viene directamente de su antecesor: “¡la fe apostólica!”)

El diácono evitará las palabras superfluas: ¿Por que decir: “*Hermanos y hermanas*”? (la Palabra no viene de él que es un simple portavoz), o improvisar largas circunlocuciones o tautologías que son repeticiones inútiles (por Ej. “Con gran alegría, les anuncio la buena Nueva del Evangelio de NSJC según...” son 4 palabras que tienen mismo sentido!)

Y tampoco es necesario abrir los brazos y extender las manos hacia la asamblea al decir “*El Señor esté con ustedes*”

La norma dice textualmente: “con las manos juntas”. Modestia! no es el diácono (ni siquiera el sacerdote), quien anuncia el Evangelio.

Hay que dejar hablar a Cristo mismo, y a El solo. Somos servidores (ministros) de la Palabra. Y por eso tampoco abrir los brazos y extender las manos hacia la asamblea. Además, nadie tiene el monopolio de la “pro-fecía” (“Ojalá todo el pueblo sea “pro-feta”: Cf. Mc 9, 38-43)

Asimismo al terminar la proclamación, dirá sencillamente, cerrando el Libro: “Palabra del Señor!”, y no: “Hermanos y hermanas, ésta[*] es la... etc.” y sobre todo sin mostrar con el dedo la página misma del texto que es “Escritura” y no “Palabra” (como para decir: “Vean que no miento...”), sino el Libro cerrado que es todo un “sacramento” (y por eso tiene una encuadernación de lujo expresando su dignidad) Todo lo cual, como signo de Quien ha hablado, y por eso, la respuesta de la Asamblea será: “Gloria a ti, Señor Jesús!”

Al final, puede él mismo besar el Libro cerrado, diciendo en voz baja: “Que las palabras del Santo Evangelio borren nuestros pecados”

También la lectura de la Palabra de Dios es un medio de reconciliación.

Si preside un Obispo, lo lleva a El (no al presbítero) quien lo besa (el libro, no la página) el cual puede bendecir con él a la asamblea.

Al decir “ésta”, se cosifica el texto, siendo mas bien el Evangelio la comunicación de una “Persona” y no una simple Escritura.

Finalmente, puede llevar el Evangeliario a la credencia u otro lugar digno y destacado, y si es el Leccionario, lo deja sobre el ambón.

Luego vuelve a su lugar.

La norma indica al final, que, al faltar lectores idóneos, el diácono puede proclamar también las otras lecturas.

Predica

Las normas prevén que también el diácono puede, a veces, dar la homilía. Conviene que en las parroquias que tienen la gracia de tener un diácono la haga periódicamente (normas, n. 66 y 171 c)

La oración universal

177. Proponer las intenciones, a no ser que sean a cargo de algún miembro de la asamblea es también rol del diácono. Las proclama desde el ambón, si se dirigen a la asamblea, o desde otro micrófono frente a la cruz, si se dirigen a Dios. Después de cada intención se guarda un instante de silencio, a fin de que la asamblea pueda interiorizar la petición formulada, antes de responder a la invitación: “¡Roguemos al Señor!” Incluso, si las proponen miembros de la asamblea, es preferible que sea el diácono quien, después de un breve silencio, invite la asamblea a la respuesta: “¡Roguemos al Señor!”, ya que se trata de una monición diaconal. **Se quedará al ambón o desde su lugar**, hasta que el sacerdote haya terminado la oración conclusiva.

LITURGIA EUCARÍSTICA

Preparación de los dones

178. Es un servicio típicamente diaconal. El sacerdote debe quedarse a la sede hasta que el diácono haya terminado este servicio. Colocar el Misal, (¡nada sobre el altar antes!) y va a la credencia a preparar el cáliz con el “rito del agua”, y los trae al altar junto con el corporal y el purificadorio. Solo en este momento, el sacerdote sube al altar, y recibe la patena de mano del diácono.

O bien, preferiblemente, el sacerdote va a la entrada del presbiterio para recibir de los fieles el pan y el vino que traen desde la nave central. Solo pan sobre la patena o mejor en una bandeja con las hostias chicas (y la grande), y vino. No el cáliz con palia, corporal y purificadorio, ni la vinajera con agua (El agua no es “fruto de la tierra y del trabajo del hombre”) Es más significativo que se traiga el vino en un pequeño jarro de vidrio, que se vea que es solo vino. El sacerdote los recibe y entrega al diácono y/o a los acólitos si necesario (a pesar de que no conviene traer varios copones, a fin de realzar mas adelante el rito de la fracción) y ambos van al altar.

El diácono inmediatamente entrega al sacerdote la patena o la bandeja de pan, y prepara el cáliz a un lado del sacerdote al altar, echando vino con la gota de agua (este rito puede hacerse en la credencia, si no se recibe los dones de los fieles)

Relación entre la presentación del cáliz con vino y agua y la elevación al final de la plegaria eucarística: Descubrir el sentido profundo del rol del diácono.

Hemos dicho que la persona misma del sacerdote y su presencia en la asamblea eucarística, por sí misma, es un “sacramento-signo”, ya que el diácono no se define tanto por lo que hace, sino por lo que “re-presenta” o significa: a Cristo-Servidor, en su actitud y disposición interior que tuvo al lavar los pies de sus discípulos en la última Cena: actitud de oblación-sacrificio de sí mismo, que también deben tener todos los que participan de la Eucaristía (Cf. san. Pablo: Rom 12, 1):

“ Yo les exhorto hermanos por la misericordia de Dios a ofrecerse ustedes mismos como una víctima viva, santa y agradable a Dios: este es el culto espiritual que deben ofrecer... también nosotros formamos un solo cuerpo en Cristo, y miembros los unos de los otros”

Y el diácono lo ilustra, lo recuerda y lo significa en estos dos ritos:

a) Primero el rito de la mezcla del agua en el cáliz.

La mayoría de los fieles hoy saben que el agua representa toda la vida de los participantes en la Eucaristía. Lo expresa la misma fórmula que debe decir en voz baja el diácono al verter el agua con el vino: (¡memorizarla!)

***“Por el signo de esta agua mezclada con el vino,
concédenos participar de la divinidad de Jesucristo
que quiso compartir nuestra humanidad”***

No se hace ninguna señal de la cruz: sería difícil dar un sentido al trazar una cruz sobre una vinajera de agua, de la que se necesita una sola gota - ¿hacer “agua bendita?”

Cuidado de no hacer gestos pre-conciliares sin saber lo que significan... “rutina”

Con este rito típicamente diaconal, la mano del diácono re-presenta la mano de todos los miembros de la asamblea, que expresan así su actitud de oblación-sacrificio.

La misma mano que luego va a ofrecer, en la elevación, junto con el sacerdote, la ofrenda de Cristo mismo en su Sacrificio de la Cruz.

b) El rito de la "elevación": la cumbre del sacrificio de la Misa.

"Por Cristo con El y en El...:

Sacerdote con el Pan-Cuerpo de Cristo y Diácono con el Cáliz-Sangre de Cristo: patena y cáliz elevados muy alto (la única "elevación" de la misa): Cristo cumple su rol esencial de Sumo sacerdote único, intermediario entre el Dios-Padre y la humanidad.

- la mano del sacerdote es la mano de Cristo que se ofrece a sí mismo, ya que actúa "in persona Christi"
- la mano del diácono es la mano de cada uno de los miembros de la asamblea que se ofrece también junto con Cristo en una actitud de servicio sacerdotal (ilustrando así su sacerdocio bautismal)

Es quizás el momento que significa claramente el aspecto más importante del ministerio diaconal: re-presentar a los fieles en su sacerdocio bautismal, cumpliendo así la actitud fundamental de todo cristiano miembro de Cristo según san Pablo.

179. Antes de la plegaria eucarística

Si no hay acólito, ayudará en el Lavabo de las manos.

Pero ya el misal debe estar a la página de la Oración sobre las ofrendas.

Desde la "oración sobre las ofrendas", el diácono ejerce su función "*ad librum*".

Por eso es imprescindible que conozca perfectamente la geografía del Misal a fin de ubicar inmediatamente el texto que el sacerdote debe proferir (no es rol del sacerdote buscar las páginas y darles vuelta si hay un diácono!)

179. La plegaria eucarística

La ubicación del diácono durante la Plegaria:

"Durante la plegaria eucarística, el diácono permanece junto al sacerdote, pero un poco detrás de él, para asistirlo, cuando sea necesario *ad calicem o ad missalem*" (cubrir o descubrir el cáliz-patia-; dar vuelta a la página del Misal.) Evidentemente preguntará antes de la misa la plegaria que el sacerdote utilizará.

Pero, desde la epiclesis (manos del sacerdote extendidas sobre pan y vino) hasta la elevación del cáliz al final de la plegaria, el diácono permanece de rodillas.

Un poco antes del final de la Plegaria, el diácono se levanta, descubre el cáliz, él mismo lo toma con las dos manos, y lo eleva junto al lado de la patena que eleva el sacerdote, con esta conciencia de que sus manos son las manos de la asamblea que se ofrece al Padre, siendo la gota de agua que el mismo mezcló en el vino – la vida de la comunidad–, que ahora es la Sangre de Cristo.

Y después del *Amen*, lo deposita de nuevo sobre el altar, y presenta el misal a la página del Padre nuestro.

Este gesto del diácono de levantar el cáliz, no es por la razón de que podría ser molesto para el sacerdote tener al mismo tiempo en una mano la patena y en la otra el cáliz, (o por su edad, o por tener una mano impedida) Si no por el simbolismo más profundo que acabamos de mencionar: ser la mano de la asamblea que se ofrece a sí misma junto con Cristo. Incluso, en una concelebración, no es rol de uno de los concelebrantes que está al lado del sacerdote levantar el cáliz, sino que sea el diácono como representando a la asamblea, que ya había hecho presente por la gota de agua en la preparación del cáliz.

181. *Rito de la paz.* Una monición diaconal breve.

Después que el sacerdote haya dicho *“La paz del Señor... Y con tu espíritu”* el diácono pronuncia una monición diaconal muy breve, y con las manos juntas: *“Dense fraternalmente la paz!”*

Inútil ir al ambón. La norma dice “según las circunstancias”: lo que significa que no hay necesidad de realizar este gesto en todas las misas (y a veces puede ser contraproducente p. Ej. durante un funeral o muy rutinario, sobre todo en las comunidades de misa diaria. Es un gesto optativo y por lo tanto secundario.

Elevación aquí significa el gesto de la doxología final de la plegaria.

- En la presentación de los dones el sacerdote solo *“eleva un poco”* pan y cáliz encima del altar;
- En la consagración solo *“muestra”* Hostia y luego Cáliz a la asamblea, a la altura del rostro;
- En la doxología final se *“eleva en alto”* Cuerpo y Sangre de Cristo. Son tres gestos distintos.

La palabra más importante de esta monición es “fraternalmente”, ya que el rito es una expresión exterior de la fraternidad, esencial para comulgar. Evitar la palabra: “un gesto de saludo”, como si fuera antes o después de la celebración; ni menos “Yo les invito a...”

Ni aludir a la paz en el mundo que nada tiene que ver en este momento de la misa.

En cuanto al gesto mismo, lo señalará: en varias parroquias hay distintos gestos:

- darse un apretón de mano o una inclinación de la cabeza, o un abrazo a la chilena
- o bien tomarse de las manos formando una cadena de hermanos con un canto bueno, p. Ej. “Si tu corazón es como el mío, hermano, dame la mano...”

Con el sacerdote, se pondrá de acuerdo si se hace el rito y cómo...

El mismo recibe la paz del sacerdote y a su vez la puede transmitir a otros.

El misal describe así su intención: “Los fieles imploran la paz y la unidad para la iglesia y para toda la familia humana, y se expresan mutuamente la caridad, antes de participar de un mismo pan (n.82)

Se trata de la paz de Cristo: “Mi paz les dejo, mi paz les doy”.

Es un gesto de fraternidad cristiana y eucarística, un gesto que nos hacemos unos a otros antes de atrevernos a acudir a la comunión. Para recibir a Cristo, nos debemos sentir hermanos y aceptarnos los unos a los otros.. No podemos ir a comulgar con Cristo sin estar en comunión con el hermano: No podemos decir “amen” al Cuerpo eucarístico de Cristo, si no estamos dispuestos a decirlo también a su Cuerpo eclesial.

La fracción del pan

Luego, después que haya terminado el rito de la paz, el sacerdote realiza el gesto de la fracción del pan. El diácono lo puede ayudar, (n. 83) o por lo menos, repartir las hostias en diversos copones o bandejas según el número de ministros de la comunión. O bien ir al Sagrario si hay muchas hostias consagradas en misas anteriores, pero no debe ser algo habitual, ya que las normas desean que se consagren las hostias de los participantes en la misma misa. Acerca de la “verdad” del signo, ver n 321)

182. La comunión

El diácono recibe la comunión en la mano del celebrante mismo, primero el Pan y luego el Cáliz. Y si son varios los ministros, el diácono puede repartirles el Pan en la mano para que todos puedan comulgar al mismo tiempo junto con el sacerdote, y luego les ofrecerá a cada uno el cáliz, después de beber de él.

Comunión de los fieles

Es también una función diaconal importante que el diácono asista al sacerdote para repartir la comunión a los fieles.

Comunión por Intincción. Es probable que el texto del proyecto de la IGMR enviado por la Santa Sede sea modificado respecto a la manera de dar la comunión bajo las 2 especies, particularmente la comunión por intincción. Un decreto posterior de la Santa Sede modificó la práctica anterior.

Si se da la comunión por intincción, es el ministro (sacerdote o diácono) que da la comunión el que lleva el cáliz con la preciosa Sangre; toma de la bandeja de otro ministro una hostia, la moja él mismo en el cáliz, y la deposita en la lengua del comulgante.

Se prohíbe terminantemente que cada comulgante moje su hostia en el cáliz, ni tome él mismo su propia hostia de la bandeja. El espíritu de esta modificación es que el Cuerpo de Cristo (y la Sangre) se recibe del hermano; nadie se sirve a sí mismo solo: *“Se lo dio diciendo, tomad y comed.”*

Además se corre el riesgo de que alguna gota de la preciosa Sangre caiga en el suelo, y simplemente no conviene por razón de higiene: que cada uno ponga su mano en el cáliz, (y luego se chupe los dedos)

Si la comunión se da bebiendo del cáliz mismo (solo en pequeñas comunidades bien preparadas y con ciertos requisitos: (personas con bigotes, o resfrío o flema, o con una sola mano, o manos temblando, etc... abstenerse!) (Cf. CONALI Informa n.), habiendo comulgado al Pan de otro ministro en la lengua o en la mano primero, el diácono le entrega el cáliz en las 2 manos, pero guarda él mismo el purificador para limpiar el borde del cáliz antes de presentarlo al siguiente.

183. La purificación de los vasos sagrados.

Es también una función diaconal.

Después de la comunión de los fieles, vuelve al centro del altar, pero por adelante.

Hace la genuflexión si quedan hostias consagradas, las junta en un solo copón y lo deposita en el sagrario.

Vuelve al altar por adelante (no en el lugar central que ocupa solamente el sacerdote), y en el altar mismo consume lo que queda de la preciosa Sangre, con otros sí necesario; recoge las partículas si hay y luego:

- o bien purifica los vasos sagrados, espalda a la asamblea, (nunca delante ¡el altar que es demasiado noble para esta tarea tan fea!)
- o bien –mucho mejor– se lleva los vasos sagrados vacíos a la credencia, y;
- o bien los purifica allí mismo con el purificadorio.

- o bien los deja en la credencia, para purificarlos después de la misa.

Y vuelve al lado del sacerdote a la sede. (solo el sacerdote – u obispo– está en el centro del altar cara al pueblo únicamente desde la presentación de los dones hasta después de la comunión.)

Rito de conclusión

184. El diácono indica al presidente la página de la “oración después de la comunión” en el misal que le presenta el acólito.

Luego el diácono da al pueblo brevemente los avisos prácticos que hubiera que dar, a menos que el párroco prefiera darlos él mismo. (Por ejemplo, conviene que sea el diácono que recuerde asuntos económicos como el 1%)

185. *Bendición y envío*

Si el sacerdote (u obispo) utiliza una fórmula de bendición solemne (lo indica el sacerdote), el diácono dice con las manos juntas: “Inclínense para recibir la bendición”, e inmediatamente después del Amén se dirige brevemente a la asamblea, siempre con las manos juntas, pronunciando la fórmula de “envío” (no es despedida!). Puede utilizar una muy breve monición relacionada con el mensaje bíblico del día, al estilo de las que publicamos cada domingo en los subsidios dominicales de Internet (<http://www.episcopado.cl/canales/liturgia/indice.html>)

186. A continuación, besa el altar junto con el sacerdote, y, hecha una profunda inclinación, (genuflexión si el sagrario está en el presbiterio) se retira, ubicándose delante o al lado del sacerdote en la procesión de salida.

Gestos y moniciones del diácono en la misa

Resumimos aquí lo que aparece como rúbricas diseminadas en la descripción anterior del rol del diácono, insistiendo sobre su sentido.

1. Los gestos son pocos, y muy discretos:

- Las señales de la cruz del Evangelio
- Las diversas inclinaciones
- La posición de rodillas durante la consagración
- Y las **manos juntas** cuando se dirige a la asamblea para estos 4 momentos:
 - el saludo: “El Señor esté con ustedes” antes del evangelio [la asamblea lo reconoce como el ministro ordenado que presta sus labios a Cristo, debido a la imposición de manos del sucesor de los Apóstoles]
 - las moniciones: “Dense la paz; Inclínense”
 - La despedida: “Uayan!” (y no “Vamos” o “Podemos ir”)
(orden de envío en misión de los labios de Cristo, no del diácono)

No es costumbre que un mozo, a pesar de su impecable vestimenta festiva, dirija la palabra a los comensales durante un banquete, como si fuera el que recibe y preside, o miembro de un equipo que invitó a la fiesta.

En la celebración litúrgica, hay uno solo que hace las veces de Cristo-cabeza: el que “preside”, incluso en la concelebración no hay co-presidencia. El diácono, por su modestia y su sobriedad es un signo-sacramento de CRISTO SERVIDOR.

La postura de manos juntas expresa esta humildad y sobriedad; no es necesario multiplicar las palabrerías, o explicarlo todo, o hacer “fervorinos”. Hay muchas palabras inútiles. Tenemos el prurito de hablar: intervenciones múltiples a cada rato, que más bien distraen de lo esencial. Seamos más modestos, incluso los sacerdotes. No somos dueños de una asamblea: es el Cuerpo de

Cristo que es el celebrante de su propia Pascua, y no un conglomerado de gente sumisa que debe aguantar miles de palabras como niños chicos.

2. En cuanto a las moniciones

Hay moniciones llamadas unas “mistagógicas” reservadas al que preside; y otras que son “diaconales”, destinadas al buen orden de la celebración.

Hay otras mas bien de introducción catequística destinadas a facilitar la comprensión de un texto bíblico (rol del guía), pero la celebración no es el lugar de hacer catequesis.

La liturgia no dice lo que hace, sino que hace lo que dice.

Los signos y moniciones deben ser “significantes”, sin necesidad de múltiples y largas explicaciones.

MISA CONCELEBRADA MISA PRESIDIDA POR EL OBISPO

La IGMR trata de la concelebración (por presbíteros, o por presbíteros con el Obispo) en el capítulo IV, n. 199 a 251: “Diversas formas de celebrar la Misa”:

”Es la misa que expresa mas adecuadamente la unidad del sacerdocio y del sacrificio, como también de todo el pueblo de Dios” (199) La preside uno solo, único “presidente”, Obispo o Presbítero.

Nunca se habla de co-presidencia. Habla también (de paso) del rol del diácono cuando preside el Obispo.

Pero es en el “Ceremonial de los Obispos”, publicado en 1984, que se encuentra las normas cuando preside el Obispo, con mucho mas detalles particulares sobre las funciones de los diáconos en tal caso. Un libro que debe tener el Maestro de Ceremonia (n.34-35-36)[□], función que puede también ejercer un diácono por ser una función de servicio.

En este libro se destaca la función de los diáconos:

23. “Entre los ministros ocupan el primer lugar los diáconos, cuyo orden ya desde los primeros tiempos de la Iglesia ha sido tenido en gran honor. Los diáconos, hombres de buena fama, llenos de sabiduría, ayudados por la gracias de Dios, deben obrar de tal manera que sean reconocidos como verdaderos discípulos de Aquel que no vino a ser servido, sino a servir, y que estuvo en medio de sus discípulos como el que sirve”.

26. En la celebración litúrgica que preside el Obispo, haya por los menos 3 diáconos: Uno que sirva al Evangelio y al altar, y otros dos que asistan al Obispo.

Si son varios, distribuyan entre sí los diversos ministerios, y por lo menos uno de ellos preocúpese de la participación activa de los fieles.

En general, si hay varios diáconos en una concelebración, se pueden repartir las funciones entre algunos según lo descrito anteriormente (26 y 122)

Cono norma general para la misa concelebrada y para la misa pontifical, se prevé el requisito siguiente: “Nunca se admita a nadie a una concelebración una vez que ya ha empezado la Misa” (206): Cuestión de buena educación y de cortesía.

Ubicación de los distintos ministerios

[□] Números en cursivas: del Caeremoniale Episcoporum; redondas de la IGMR)

En el futuro, es probable que los diáconos serán cada vez más numerosos, tanto en, las concelebraciones como en la misa pontifical; el Maestro de ceremonia se preocupará de destacar y hacer visible los distintos ministerios: no solamente el lugar del Obispo o sacerdote-presidente. Pero también:

- el colegio episcopal, si hay varios obispos concelebrantes, pero nunca a los lados del Obispo Presidente, a fin de evitar toda impresión de co-presidencia.
- el colegio presbiteral, sacerdotes que concelebran;
- el colegio diaconal, todos los diáconos que participan con alba y estola.

Normalmente en el presbiterium, incluso utilizando parte de la nave si necesario, pero distinguiéndose de ella, de tal manera que por su misma disposición, muestre el carácter "jerárquico de los ministros" (50) y también que se note la diferencia de grado entre los ministerios (136).

128. La procesión de entrada

Se ordena de la manera siguiente, tanto en la concelebración de sacerdotes, como en la misa episcopal:

- el turiferario, con el incienso humeante.
- un acólito que lleva la cruz, con la imagen del crucifijo puesta en la parte anterior.
- dos acólitos lo acompañan, y detrás los otros ministerios no ordenados.
- el clero de dos en dos (no concelebrantes)
- el diácono que lleva el Evangelario
- los otros diáconos de dos en dos.
- los presbíteros concelebrantes de dos en dos.
- luego: o bien, el sacerdote que preside (celebrante principal)
o bien, los obispos concelebrantes (o no, si hay)
- e l Obispo presidente principal, que va solo, lleva la mitra y el báculo pastoral en la mano izquierda, mientras bendice con la derecha.
- Un poco detrás del Obispo, dos diáconos asistentes:
- Por último los ministros del Libro, de la mitra y del báculo

En esta ordenación de la procesión, llama la atención el lugar del diácono llevando Evangelario a la cabeza del colegio diaconal, destacando que los diáconos son ministros de la Palabra, y que desde el

principio de la celebración hacen visible al Señor que congrega a la asamblea y la edifica por su Palabra [128] Este diácono es el que actuará *ad Librum et ad altare* en la misa.

131. Cuando el Obispo llega al altar, entrega al ministro el báculo pastoral, y dejada la mitra, junto con los diáconos y los otros ministros que lo acompañan, hace profunda reverencia al altar. Enseguida sube al altar y, a una con los diáconos lo besa.

Una vez incensado el altar, el Obispo se dirige a la cátedra por la vía más corta.

Dos diáconos se colocan de pie uno a cada lado, cerca de la cátedra para estar preparados a servir al obispo.

140. Proclamación del Evangelio

Al Aleluya, el turiferario y uno de los diáconos presenta la naveta al obispo (o al sacerdote-presidente) que pone el incienso y lo bendice sin decir nada.

El diácono que va a proclamar el Evangelio, se inclina profundamente delante del Presidente, pide la bendición en voz baja, diciendo "*Padre dame tu bendición*".

El Obispo lo bendice diciendo "*El Señor esté en tu corazón,,*"

El diácono se persigna y responde. *Amen.*

Luego el diácono se acerca al altar como se describe anteriormente para tomar el Evangelionario. Terminada la proclamación del Evangelio, el diácono lleva el Libro cerrado al Obispo (-no al sacerdote que preside-) para que lo bese. Este dice en secreto: "*Por la lectura del Evangelio...*", o también el mismo diácono besa el evangelionario, diciendo en secreto la misma fórmula.

Y luego lo lleva a la credencia o otro lugar destacado.

153. Durante la plegaria eucarística

Los 3 diáconos que acompañan al Obispo (o el diácono que asiste al sacerdote-presidente) están de pie detrás de los concelebrantes que acompañan al celebrante principal al altar, para que cuando sea necesario, uno de ellos sirva en lo referente al cáliz o al misal. Ninguno permanezca entre el Obispo y los concelebrantes o entre éstos y el altar [153]

Al iniciar el celebrante el diálogo introductorio al prefacio, un diácono toma el solideo del Obispo y lo entrega a otro ministro.

Los diáconos permanecen de rodillas desde la epiclesis hasta la elevación del cáliz. Convendría que todos los demás diáconos también se arrodillen.

En cuanto a los presbíteros que concelebran, ellos de pie “actúan in persona Christi”, y por eso, en la respuesta al *Orad hermanos*, pueden decir “El Señor reciba de *nuestras* manos...”

Uno de los diáconos que están detrás de los concelebrantes que acompañan al Obispo o al presidente principal, se acercará para presentar el Misal (si no tienen el texto) o el micrófono, a cada uno de los 2 o 3 concelebrantes que pronunciarán las intercesiones de la Plegaria referentes a la Iglesia, por los vivos y difuntos.

161. *La comunión*

El rito de la paz. La monición de invitación a darse la paz, la pronunciará uno de los 3 diáconos cerca del celebrante principal, no desde el ambón.

La Fracción del pan. En este momento, si se prevé que los comulgantes serán numerosos (concelebrantes, diáconos y fieles), varios de los diáconos pueden acercarse al altar para repartir las hostias en los copones destinados a los distintos grupos, y que ellos mismos llevarán luego para dar la comunión.

En cuanto a la comunión bajo los 2 especies a los concelebrantes, conviene que sean los mismos diáconos que la lleven, después de haber comulgado ellos mismos.

En la misa Papal, los concelebrantes no se acercan al altar para comulgar, sino que quedándose en su lugar, y prolongándose el canto del Cordero de Dios, los diáconos pasan entre las filas de sacerdotes, (uno para unos 20) con el Pan primero, y lo reparten en la mano, de tal manera que todos juntos, al mismo tiempo que el Papa, comulguen al Pan. Luego, llevan el cáliz a cada uno. Mientras tanto, otros diáconos llevan la comunión a los fieles.

Es preferible que sean ellos los diáconos que ejerzan su función, y no los presbíteros, en lo posible.

La comunión

El Obispo o el celebrante principal, una vez que bebió la Sangre de Cristo, entrega el cáliz a uno de los diáconos y distribuye la comunión a los diáconos y también a los fieles.

Mientras tanto, otros diáconos – sobre todo si son numerosos los concelebrantes– organizarán la comunión tanto a los concelebrantes como a los fieles (164)

165. Acabada la comunión, uno de los diáconos bebe la Sangre que hubiere en el altar, lleva el cáliz a la credencia y allí, enseguida, o después de la misa, lo purifica y arregla.

El otro diácono o uno de los concelebrantes, si hubieren quedado hostias consagradas, las lleva al tabernáculo, y en la credencia purifica la patena o el copón sobre el cáliz, antes de que éste sea purificado.

166. Cuando el Obispo, después de la comunión regresa a la cátedra, vuelve a tomar el solideo, y, si necesario, se lava las manos.

Consultas: E-Mail: apouilly@episcopado.cl -
<http://www.episcopado.cl/canales/liturgia/indice.html>